

FIEL A SU NOMBRE

En los primeros días del cristianismo, una niña llamada Fides vivía con sus padres en un pequeño pueblo al sur de Francia. En ese tiempo, Diocleciano, el pagano emperador romano, todavía era supremo gobernador del mundo y Publio Daciano era cónsul en Galia.

Todos hemos oído de los martirios de esos días y las terribles persecuciones que fueron planeadas en contra de los cristianos por Nerón y sus sucesores. Pablo, como sabemos, fue martirizado por Nerón y en sus días muchos fieles fueron echados a los leones o quemados vivos.

Pero todas las persecuciones ordenadas por esos crueles y odiados gobernantes, no fueron tan terribles como las decretadas por Diocleciano al final del siglo III y al comienzo del IV. Diocleciano se había propuesto exterminar las enseñanzas y el espíritu de Cristo. Pero a pesar de todos los decretos y leyes, los cristianos continuaban aumentando. Diocleciano se ocupó personalmente de pelear en contra del cristianismo. Así dio orden de que todos los libros y escritos cristianos fueran quemados, y sus oficiales destruyeron todos los que pudieron encontrar. Su siguiente orden fue que cada persona hombres, mujeres y niños adoraran públicamente a uno de los dioses romanos. Decretó la prisión o muerte del que desobedeciera esta malvada ley.

En su quieto y lejano hogar, la pequeña Fides oyó de esas cosas. Tenía solamente doce años y era querida por todos los que la conocían. Y Fides -que quiere decir fe- amaba a todos y tenía muchos amigos; pero, sobre todos amaba a su Salvador, Cristo Jesús.

Me imagino que muchas veces ella se preguntó si también sería llamada a testificar por su Maestro. Era solamente una niña, pero sabía que aun los niños debían morir antes que negar a Jesús. Si llegaba ese momento, ¿tendría valor para afrontar la prueba?

La historia nos dice que Fides tenía un rostro de ángel por su dulzura y mucha gente la alababa y hacía cualquier cosa por ella. Pero a Fides no le importaban los placeres de este mundo y pensaba solamente en agradar a Dios.

En el año 303 ó 304, el terrible decreto de Diocleciano llegó a la Galia. En cada pueblo se ordenó que cada habitante sin excepción ofreciera sacrificios a los ídolos. "Se les dieron listas a los centuriones de la gente de cada pueblo y estuvieron al pie de los altares de los dioses falsos para forzar a la gente, jóvenes y ancianos, ricos y pobres a ofrecer sacrificio"

No se nos dice sí el nombre de la pequeña Fides fue llamado públicamente, pero la historia dice que un día los soldados romanos fueron a la casa de sus padres para llevarla ante Publio Daciano, el gobernador romano. Algunos dicen que sus padres huyeron, pero cierto o no, Fides estaba sola en la casa cuando los soldados llegaron para llevársela.

Tal vez, mientras caminaba por las calles, recordó a los soldados romanos que llevaron al Salvador por las calles de Jerusalén, camino hacia el Calvario, donde moriría por salvar a la humanidad, y tal vez oró para que el Señor le diera fuerza para seguirle.

"Dios mío, Jesús, ¡dame fuerza y ayúdame a contestar como es debido!"

Estas palabras aparecen en el libro que se escribió acerca de la pequeña Fides.

Aun Publio Daciano fue conmovido cuando la dulce niña fue llevada ante él.

-¿Cómo te llamas? -preguntó en tono amable.

-Fides -contestó la niña.

-¿Cuál es tu religión? -y al preguntarle esto fijó su mirada en la cara de Fides. Ella sabía que su vida dependía de su respuesta, pero el valor que había pedido la fortaleció en ese momento.

-Sirvo a Cristo -dijo.

Aun Publio Daciano no tenía deseos de quitarle la vida y pensó que seguramente ella no comprendía el riesgo que estaba corriendo. Así trató de hacerla razonar.

-Debes dejar esas ideas -le dijo-, sacrifica a la gran diosa Diana, ella es una mujer como tú y te recompensará ricamente.

Si Fides obedecía, no se diría nada más. Tal vez la dejarían ir a su casa en paz. Si rehusaba, la matarían.

No estamos seguros de las palabras exactas que ella pronunció, pero sabemos de la elección que hizo.

Fides -Fe- hizo honor a su nombre y no sacrificó a la diosa Diana.

-No tengo miedo de morir por Cristo -contestó valientemente al gobernador. Pensó en el hermoso hogar que le esperaba y en la brillante corona de mártir que le pertenecería para siempre. Murió con una sonrisa en la carita y toda la gente se maravillaba. Muchos creyeron en Jesús y siguieron con ella el doloroso camino del martirio.

Fides no podía predicar ni enseñar, era demasiado joven y frágil, pero su muerte atrajo a muchas almas. Han pasado más de 1.600 años desde que Fides murió, pero su nombre es recordado y muchos de los lugares de culto de los cristianos modernos han sido llamados "Santa Fe" en memoria de ella.

Algunas veces, en nuestros días, los niños son llamados a testificar por Cristo, como fue llamada la pequeña Fe. Ojalá que su ejemplo sea seguido por todos los cristianos, niños, jóvenes y ancianos, de todo el mundo.